

Verdad práctica

ALFREDO MARCOS
Universidad de Valladolid

1. INTRODUCCIÓN

Es un tópico ya, pero hay que empezar por aquí: la posverdad está de moda. ¿Y esto qué quiere decir? No significa que la verdad haya dejado de existir, sino que la verdad ha dejado de importar. Con cierta ironía, podríamos expresarlo así: para configurar mi *pool* de creencias, a elegir entre la descomunal cantidad de *ítems* que los medios y las redes me brindan, el criterio de selección no es ya la verdad, sino mis preferencias e intereses. Creo lo que prefiero creer, lo que más me agrada o interesa, con independencia de que sea o no verdad. ¿Irracional?, tal vez. Pero, si no concedo importancia a la verdad, por qué iba a concedérsela a la racionalidad.

El caso es que algunos de los que hablan de posverdad lo hacen en tono quejumbroso, no celebran esta moda, sino que lamentan su vigencia. Adoptan hoy esta actitud las mismas élites intelectuales que durante décadas han laborado en pro del relativismo. Una vez que lograron asentar el relativismo y expulsar de la esfera pública cualquier idea de verdad en la que fundamentar una resistencia, les resultó sencillo dictar desde sus medios la opinión políticamente correcta. Pero la edad dorada de los medios ha llegado a su fin con la extensión de Internet. Ahora uno puede ahorrarse intermediarios. Los grandes medios han perdido el control total de la opinión pública. Como consecuencia, ha brotado entre los gurús de los medios otrora dominantes una extraña nostalgia de la verdad, o más bien de la autoridad y el control. Sirva como ilustración una cita, entre las mil que podríamos traer del mismo tenor: “Facebook y el resto de grandes plataformas de Internet aún están a tiempo de intentar salvarse y salvarnos de esta deriva. Es tan fácil como incorporar a sus algoritmos excepciones para medios que invierten en información, son sometidos a controles de calidad y rinden cuentas. Un algoritmo nunca podrá hacer periodismo, pero puede aprender a identificar a aquellos que lo hacen, por el bien de todos” (Alandete, 2016). Acabáramos: podemos ponernos a salvo de la péfida posverdad devolviendo el control a los medios autodenominados serios y a las élites intelectuales que los instrumentalizan, o sea, a los mismos que se mofaban hace poco de cualquier pretensión de verdad.

Desde mi punto de vista, la verdad sí importa -ha de importar- para modular nuestras creencias y nuestras acciones. Ahora bien, como herramienta para combatir la posverdad, me parece más segura la reflexión filosófica que la simple devolución de la manija a los medios presuntamente autorizados. ¿Y qué nos ofrece la filosofía en materia de verdad?

El texto de Nietzsche titulado *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* constituye un hermoso inventario de la verdad, dotado, además, de una fuerza literaria imponente (Nietzsche, 1990 [1873]). En él van haciendo su aparición casi todas las versiones débiles de la noción de verdad: la verdad instrumental (es verdad lo que resulta útil que lo sea), la verdad convencional (es verdad lo que acordamos que lo sea), la verdad relativista en sus distintas variantes (la verdad lo es solo en relación a un sujeto, a una cultura, a un idioma, a una sociedad, a una especie o raza...). No parece que ninguna de las versiones débiles de la verdad pueda sacarnos hoy del apuro, dado que con toda facilidad podríamos reconstruir el concepto de posverdad en términos instrumentalistas, convencionalistas o relativistas. El seguidor de la posverdad, en lugar de afirmar “creo esto porque me gusta o me interesa, sea o no verdad”, pasaría simplemente a decir “creo esto porque me resulta útil”, o bien “porque así lo hemos acordado los de mi facción, secta o partido”, o bien “porque es verdad para mí, para mi tribu, cultura, raza...”.

La ventaja de estas versiones débiles de la verdad es que conceden protagonismo al sujeto, abren un espacio para su creatividad y aportan una idea dinámica de la verdad. Su mayor desventaja es que ignoran la existencia de una realidad independiente. Niegan con ello una genuina interacción entre el sujeto y la realidad. La interacción se establece solo entre el sujeto y un objeto epistémico construido por el propio sujeto. Obviamente, en estas circunstancias, la

importancia de la verdad cotiza a la baja. Por otra parte, están muy estudiados los riesgos prácticos que comporta el relativismo: Joseph Ratzinger ha hablado de “una dictadura del relativismo” (Ratzinger, 2005), y Gérard Radnitzsky ha identificado una conexión profunda entre relativismo y totalitarismo (Radnitzsky, 1987: 55-56).

Fuera de estas nociones débiles de la verdad, el propio Nietzsche nos recuerda la idea de verdad como coherencia. Es un tipo de verdad analítica, tautológica, que se resuelve –según la terminología de David Hume (2004 [1748])– en relaciones entre ideas. Resulta de interés para evaluar un sistema formal, pero dice muy poco sobre cualquier realidad que esté más allá del formalismo. Nietzsche compara este tipo de verdad con las conchas vacías, fuertes, sí, pero muertas. En suma, la coherencia no pasa de ser una especie de requisito mínimo, casi previo, para quien sinceramente busca la verdad. Pero, por supuesto, la acusación de incoherencia poco puede asustar a quien ya esté encaprichado con la posverdad. Este tolerará sin inquietarse cualquier contradicción entre sus creencias predilectas.

Resta por considerar la idea más obvia de verdad, precisamente aquella cuya mera posibilidad niega Nietzsche en el texto de referencia, la verdad como correspondencia o adecuación. Esta versión de la verdad se perfila claramente en unas líneas muy citadas de Aristóteles: “Falso es, en efecto, decir que lo que es, no es, y que lo que no es, es; verdadero, que lo que es, es, y lo que no es, no es” (1994: 198 [IV, 7, 1011b 25-29]). Se desarrolla esta idea dentro de la tradición aristotélica, en textos como los de Tomás de Aquino, quien comprime esta teoría en la fórmula: “*veritas est adaequatio rei et intellectus*” (Tomás de Aquino, 2013 [q. 1]). También la encontramos en formato más actualizado en los escritos de Alfred Tarski, de los cuales todo el mundo recuerda este pasaje: “La oración ‘la nieve es blanca’ es verdadera si y solo si la nieve es blanca” (Tarski, 1944: 343). Aquí lo que cuenta es la correspondencia entre lo dicho o pensado y la propia realidad. Lo cual supone que hay una cierta realidad, independiente de lo que uno diga o piense, y respecto a la cual deberíamos ajustar nuestras creencias y acciones, pues lo contrario sería mera locura.

Pero esta forma de conceptualizar la verdad también puede resultar insatisfactoria. Podríamos considerarla como demasiado mimética y pasiva. Parece que deja muy poco lugar a la creatividad de un sujeto que simplemente ha de descubrir y decir la verdad, o lo que es lo mismo, ha de reproducir en términos de lenguaje o de pensamiento una realidad ya dada y que él no contribuye a crear. Este modelo de verdad también resulta poco interactivo, poco dinámico. Se comprende que genere una especie de queja vital, una reclamación de más espacio y protagonismo para la creatividad del sujeto. Quizá sea precisamente este tipo de insatisfacción la que ha propiciado posiciones relativistas o incluso cercanas a la posverdad, en las que el sujeto parece tener una función más activa.

2. LA VERDAD PRÁCTICA

Algo podemos aprender, pues, de todas las versiones de la verdad que de modo sumario hemos ido presentando, desde las más débiles hasta las más fuertes. Y quizá podamos ver reunidas las mejores características de cada una de ellas en otra idea de verdad que no hemos tomado en cuenta hasta el momento. Me refiero a la verdad práctica. Si la verdad como correspondencia *se dice*, la verdad práctica *se hace*. Da, con ello, cobijo suficiente a las aspiraciones creativas del sujeto, a la interacción y al dinamismo. Pero lo hace sin olvidar ni la búsqueda de la coherencia, ni el respeto a la realidad que con toda justicia piden las teorías adecuacionistas.

La idea de verdad práctica nos traslada ya a una atmósfera filosófica aristotélica. Evoca de inmediato el delicado equilibrio entre *mimesis* y *poiesis* al que juega Aristóteles en su *Poética*, entre descubrimiento y creación (Marcos, 2008: 87-102). En este ambiente, hay que recordar que la verdad práctica está emparentada con la verdad ontológica, con la verdad del ser, que es previa a toda verdad del decir o pensar. Mas, fuera del plano teológico, todo ser está en proceso, deviene, se va actualizando sin llegar a perder por completo sus aspectos potenciales. La verdad ontológica, la verdad del ser, pues, fuera del plano teológico, es la verdad que se hace, la verdad práctica.

Este tipo de verdad está también conectado con la verdad en sentido moral, pues produce un sujeto verdadero, auténtico, que buscará humildemente la adecuación de lo que piensa y dice con la realidad, sabiendo de antemano que nunca logrará por completo conquistar la abundancia de lo real –en términos de Paul Feyerabend (2001)-, un sujeto que tratará, por razones tanto lógicas como morales, de ser coherente en dichos y hechos, un sujeto que habitualmente -con un hábito que es virtud- dirá, pensará y hará verdad.

Exploremos un poco más a fondo el concepto de verdad práctica. Según Aristóteles: "el objeto propio de la parte intelectual y práctica, a la vez, es la verdad que está de acuerdo con el deseo recto [...] esta clase de entendimiento y de verdad son prácticos" (Aristóteles, 1995: 269 [1139a 26 y ss.]). Cabe destacar algunas de las características de la verdad práctica.

En primer lugar, sabemos que consiste en la concordancia entre deseo e intelecto, pero sin que el uno domine sobre el otro, sin que ninguno de los dos sufra violencia para adecuarse al otro, pues en ese momento el ser humano, que es "inteligencia deseosa o deseo inteligente" (Aristóteles, 1995: 270 [1139b 6 y ss.]), se estaría haciendo traición a sí mismo, estaría dejando de ser auténtico, verdadero. Obsérvese la fórmula gramatical elegida por Aristóteles para referirse aquí al ser humano. No emplea la yuxtaposición, sino la adjetivación de un rasgo mediante el otro, es decir la diferencia en la diferencia. Y se cuida muy bien de evitar la jerarquización, al poner cada uno de los dos términos tanto en la función de nombre como en la de adjetivo. La verdad práctica consiste en la integración de estas dos diferencias, inteligencia y deseo, en un punto intermedio y mejor, que no está previamente dado en ninguna de ellas, sino que debe ser hecho. Y al mismo tiempo que es hecho es descubierto. Se da por y en la acción.

En segundo lugar, se puede decir con toda propiedad que existe un tipo de verdad que no se concibe como un acuerdo abstracto, sino que se hace, se realiza o, para ser más precisos, se actualiza mediante la acción de un sujeto. Dicha verdad puede ser entendida, pues, como la actualización de una potencia: en la medida en que tal potencia era real, la verdad práctica es objetiva, es genuina *verdad*; en la medida en que la actualización de la misma requiere acción humana, es creativa, es *práctica*.

Y, por último, no hay una regla automática para la creación ni para el reconocimiento de este tipo de verdad; sin embargo, la arbitrariedad y el relativismo están excluidos, se trata de un ejercicio "determinado por la razón y por aquello por lo que decidiría el hombre prudente" (Aristóteles, 1995: 169 [1106b 36]).

Así pues, el concepto de verdad práctica está pensado en las dimensiones ética, epistémica y antropológica (ontológica), como la realización de cada ser humano por acuerdo de intelecto y deseo, como un proceso de actualización de capacidades humanas que se da en la acción y bajo la guía de la prudencia.

Lo importante aquí es que el modelo de la verdad práctica nos permite cerrar la brecha entre la *physis* y el *logos* tanto como sea posible. Ciertas características o diferencias se aprenden, se constituyen y se integran a un mismo tiempo, dando como resultado la persona misma.

Verdad práctica significa, pues, concordancia entre deseo e intelecto, y constitución de la propia persona. Cuando se da la concordancia entre el deseo y la inteligencia, el sujeto se va constituyendo, diferenciando y mejorando a sí mismo. De manera que la verdad práctica no consiste tan sólo en el acuerdo entre dos rasgos humanos, sino que tiene una dimensión constitutiva: "Se dice bien, pues, que realizando acciones justas y moderadas se hace uno justo y moderado respectivamente; y sin hacerlas, nadie podría llegar a ser bueno" (Aristóteles, 1995: 165 [1105b 9 y ss.]). Es decir, para conocernos con verdad -"conócete a ti mismo", dice Sócrates- tenemos que hacernos -"llega a ser el que eres", propone Píndaro-. "Lo que hay que hacer después de haber aprendido -insiste Aristóteles- lo aprendemos haciéndolo" (Aristóteles, 1995: 159 [1103a 32 y ss.]).

Simultáneamente, uno se conoce por autorrealización y mediante ese conocimiento aprende lo que tiene que realizar. Entre la dimensión ética ("llega a ser el que eres") y la epistémica ("conócete a ti mismo") de la verdad práctica existe una mutua implicación exigida

por la propia antropología aristotélica. Llega a ser el que eres, es decir, concóctete a ti mismo. Concóctete a ti mismo, es decir, realízate.

Uno se da cuenta de que tiene talento para la música haciendo música, aprendemos sobre nuestra capacidad para el deporte ejercitándola, en la acción llegamos a captar nuestras dotes para la concentración o para el trabajo prolongado y duro, para la observación, para la atención al detalle o bien para la creatividad, para la compasión o el cuidado, para la gestión o el liderazgo, para el cálculo o la abstracción, para la reflexión o la meditación, para el humor o el buen consejo, descubrimos, en fin, la textura propia, concreta e irreplicable de cada persona. Lo que después de haber aprendido hemos de hacer, lo aprendemos haciéndolo.

En esta búsqueda del autoconocimiento y de la realización de cada persona, tienen un papel fundamental los demás, en coherencia con nuestra natural sociabilidad. De hecho, la puerta de entrada al círculo virtuoso es la *paideia* (Marcos, 2011: 13-24). Recordemos, nuestra inteligencia no solo es deseosa, sino también social, comunicativa, dialógica. Nuestro autoconocimiento y realización dependen críticamente de aquellos que saben ver las capacidades y posibilidades, de aquellos que aconsejan y orientan, que dan ejemplo, que educan, entrenan, cuidan, sanan o forman. También de nuestros pares en la aventura de la vida, cuya conversación nos resulta de tanta ayuda para autodescubrirnos. Y junto con ello, las distintas modalidades del arte y de la ficción nos aportan visiones de la vida humana a través de las cuales de un modo u otro podemos vislumbrar la propia. Y aun habría que sumar a todo esto otras fuentes de conocimiento; en palabras de Gadamer (2004: 565-6): “Uno no puede ignorar tal ‘conocimiento’ en cualquier forma en que se exprese: en la sabiduría religiosa o proverbial, en obras de arte o en pensamiento filosófico”.

A pesar de sus aspectos dinámicos e interactivos, la verdad práctica es incompatible con el relativismo. Prueba de ello es que podemos decir, cada uno de sí mismo y de los demás, de modo falible pero no injustificado, cuándo estamos ante una vida realizada (*praxis teleia*) y cuándo ante una vida fracasada, inauténtica, errónea (en el doble sentido, ético y epistémico). Para empezar, cualquier tipo de biografía que no atienda a la naturaleza humana será una suerte de autofalsificación, pues somos humanos. Afirma Aristóteles que “lo que es propio de cada uno por naturaleza es lo mejor y lo más agradable para cada uno” (Aristóteles, 1995: 398 [1178a 5-9]).

De las notas propias de nuestra naturaleza, parece que Aristóteles señala la racionalidad -entendida en un sentido amplio, como espiritualidad- como la más excelente e incluso divina, y recomienda “en la medida de lo posible, inmortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros” (Aristóteles, 1995: 398 [1178a 1]). Al enfatizar la pulsión contemplativa del ser humano, Aristóteles nos recuerda que la autorrealización incluye necesariamente el conocimiento, no solo de uno mismo, sino también del mundo y de Dios. Así, la verdad práctica no se relaciona solo con el bienestar de una vida agradable. La realización humana no busca solo fines parciales, sino el “vivir bien en general” (Aristóteles, 1995: 273 [1140a 26]). Y esa vida buena incluye también la búsqueda insaciable del conocimiento lo real (Aristóteles, 1994: 69 [980a 24]). La verdad práctica conecta, así, con las ideas coherentistas y adecuacionistas de la verdad, aunque tiene un carácter más antropológico e integrativo que estas. El propio Aristóteles nos recuerda que “siendo humano, el hombre contemplativo necesitará del bienestar externo, ya que nuestra naturaleza no se basta a sí misma para la contemplación, sino que necesita de la salud corporal, del alimento y de los demás cuidados” (Aristóteles, 1995: 401 [1178b 34 y ss.]). En definitiva, no podemos olvidar nuestros aspectos animales y sociales, y tampoco traicionar a la parte más divina que hay en nosotros, sino buscar una integración armónica y con vistas a la excelencia de todo ello. En esta dirección opera la verdad práctica.

3. CONCLUSIONES

Comenzábamos con una referencia a la moda cultural de la posverdad, para adentrarnos después en terrenos más filosóficos. Querría ahora cerrar el círculo volviendo a lo cultural en sentido amplio. Son muchos los que entienden que la noción de verdad sí importa, importa tanto que

condiciona la salud de toda una cultura. La nuestra, la cultura occidental, da actualmente síntomas de crisis, muchos de ellos quizá relacionados con la crisis de la propia noción de verdad. Las versiones débiles de la misma, desde el relativismo a la posverdad, resultan decepcionantes e incluso peligrosas, como hemos visto, pero las versiones fuertes, en la línea de la coherencia y de la adecuación son para muchos insatisfactorias por abstractas, estáticas y alejadas de la vida.

Parece razonable, en momentos de crisis, el buscar inspiración en las raíces históricas de nuestra cultura. Y la tradición grecolatina siempre ha sido señalada como una de ellas. En consonancia con esta estrategia, aquí se ha propuesto la reelaboración de la noción de verdad práctica, cuyo remoto origen está precisamente en los textos de un griego. Ahora quisiera señalar que dicha noción no es en modo alguno ajena a la otra raíz nutricia de nuestra cultura, la tradición judeocristiana. Es más, la idea de verdad práctica puede funcionar como nudo de conexión entre ambas tradiciones.

Como hemos visto, la verdad práctica tiene una dimensión claramente antropológica, se da en la constitución de una persona por acuerdo creativo entre intelecto y deseo. La verdad práctica es la verdad que se hace y que tiene como resultado la persona misma, la persona que se realiza a sí misma gracias a sus propias acciones. La expresión más concisa, elegante y poética de esta idea la encontramos en *El Quijote* [parte 1, cap. IV]: “Cada uno es hijo de sus obras”. La verdad práctica, dicho en corto, es la propia persona. Muchos pueden tomar esta idea de la verdad como una extravagancia, pero no los que, como Miguel de Cervantes, han sido criados en la tradición judeocristiana. Para ellos es muy familiar la pregunta, hecha en tono un tanto cínico, de Poncio Pilato: “¿Qué es la verdad?” [*Jn* 18, 38]. En el Evangelio la pregunta por la verdad sí importa, al parecer. Y recibe una respuesta clara: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” [*Jn* 14, 6]. La verdad aparece aquí vinculada directamente a las ideas dinámicas de camino y de vida. La verdad aquí es una persona.

En la misma tradición del pensamiento cristiano, encontramos afirmaciones como la de Tomás de Aquino, según la cual “Dios mismo es la primera y suma verdad” (Tomás de Aquino, 2103a [I, q16, a5]). La primera verdad no reside en un enunciado, no tiene que ver en primera instancia con la coherencia ni con la adecuación y tampoco es relativista. La primera verdad es Dios mismo, se nos dice. De nuevo encontramos una concepción ontológica y personal de la verdad. No se puede decir en este caso que estemos ante otra versión de la verdad práctica, puesto que Dios es, no se hace. Pero, como indicábamos más arriba, hay un claro parentesco entre la verdad ontológica y la verdad práctica. Para todo ser distinto de Dios, la verdad ontológica es verdad práctica, pues todo ser distinto de Dios no es en plena actualidad, sino que se hace, transita, deviene, desde sus potencialidades hacia su actualización. Incluso en la figura de Jesús, por su condición humana, se puede decir que hay verdad práctica. Por eso es razonable que junto con la afirmación “yo soy la verdad”, aparezcan también las ideas de vida y camino.

Y más recientemente, sin salir de la misma tradición, podemos reflexionar sobre algunas afirmaciones que aparecen en la encíclica *Veritatis Splendor*, de Juan Pablo II. La encíclica cita, como no podía ser de otra manera tratándose de la verdad, este pasaje evangélico: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” [*Jn* 8, 32]. En él resulta tan importante el “libres” como el “os hará”. Y, a la pregunta por la verdad, se dice, “la respuesta es la persona misma de Jesucristo”. En la misma línea, se insiste en que la universalidad de la verdad “no prescinde de la singularidad de los seres humanos, ni se opone a la unicidad y a la irrepetibilidad de cada persona”. Es más: “el bien de cada persona consiste en *estar* en la verdad y en *realizar* la verdad” (Juan Pablo II, 1993 [cursiva en el original]).

En la propia homilía de Joseph Ratzinger (2005) a la que nos hemos referido más arriba se puede leer: “San Pablo [...] nos ofrece estas hermosas palabras: ‘hacer la verdad en la caridad’ [*Ef* 4, 15], como fórmula fundamental de la existencia cristiana. En Cristo coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden”.

Podemos oír incluso ciertos ecos de la idea de verdad práctica en esa palabra, tomada del hebreo, con la que se suelen cerrar las oraciones. Según Julián Marías (1987: 110): “Hay una

actitud de expectativa, que es el sentido de la verdad en hebreo, *emunah* (amén) [...] el Dios verdadero es el que cumple lo que promete”. *Amén* no dice *esto es verdad*, sino *que esto sea verdad*, que se cumpla, que sea hecho. Quizá el más apropiado término hebreo para la idea griega de verdad práctica sea, precisamente, *amén*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALANDETE, David, “Cómo combatir la posverdad”, *El País*, 17 nov 2016 [disponible en: https://elpais.com/internacional/2016/11/25/actualidad/1480100158_950698.html; acceso el 22/08/2017].
- ARISTÓTELES, *Metafísica*, Madrid, Gredos, 1994.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Gredos, 1995.
- FEYERABEND, Paul, *La conquista de la abundancia*, Paidós, Barcelona, 2001.
- GADAMER, Hans Georg, *Truth and Method*, Continuum, Londres-Nueva York, 2004.
- HUME, David, *Investigación sobre el entendimiento humano*, Madrid, Akal, 2004.
- JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, 6 de agosto de 1993 [disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html; acceso el 22/08/2017].
- MARCOS, Alfredo, “La poética de Aristóteles como teoría del conocimiento”, en S. MENNA (ed.): *Estudios contemporáneos sobre epistemología*, Universitas, Córdoba (Argentina), 2008, pp. 87-102.
- MARCOS, Alfredo, “Aprender haciendo: *paideia* y *phronesis* en Aristóteles”, *Educação* (Brasil), vol. 34, nº 1, 2011, pp. 13-24 [disponible en: <http://www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/textos/Educacao.pdf>; acceso el 22/08/2017].
- MARÍAS, Julián, *La felicidad humana*, Alianza, Madrid, 1987.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.
- RADNITZSKY, Gerard, *Entre Wittgenstein et Popper*, Vrin, París, 1987.
- RATZINGER, Joseph, “Homilía *pro eligendo pontifice*”, 18 abril 2005 [disponible en: http://www.vatican.va/gpII/documents/homily-pro-eligendo-pontifice_20050418_sp.html; acceso el 22/08/2017].
- TARSKI, Alfred, “The semantic conception of truth and the foundations of semantics”, *Philosophy and Phenomenological Research*, 4: 341-376, 1944 [disponible en: <http://disi.unitn.it/~bernardi/Courses/LoLa/Papers/Tarski.pdf>; acceso el 22/08/2017].
- TOMÁS DE AQUINO, *Quaestiones disputatae de veritate*, Pamplona, Fundación Tomás de Aquino, 2013 [disponible en: <http://www.corpusthomicum.org/qdv01.html>; acceso el 22/08/2017].
- TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, Pamplona, Fundación Tomás de Aquino, 2013a [disponible en: <http://www.corpusthomicum.org/sth1015.html>; acceso el 22/08/2017].